

United Nations**Nations Unies**

E/CN.12/96

29 May 1949

ORIGINAL: SPANISH

**ECONOMIC
AND
SOCIAL COUNCIL****CONSEIL
ECONOMIQUE
ET SOCIAL**

Discurso pronunciado por el Honorable Señor
Presidente de la República en el Capitolio
Nacional, con motivo de la Apertura de los
trabajos de la "COMISION ECONOMICA PARA LA
AMERICA LATINA".

Señor Presidente de la Comisión Económica para la
América Latina, Señores Delegados:

Los trabajos que tengo el honor de abrir con estas
palabras son de tan alta responsabilidad histórica que por
ellos están esperando las sombras augustas de quienes
fundaron la gran patria latino-americana en cada pedazo
del continente que poblamos. Pues vuestra labor tiende
a consagrar, con la liberación económica de todos y cada
uno de nuestros países, el derecho de los hijos de estas
tierras a vivir con el mínimo de bienestar que justifique
la titánica lucha de los que nos hicieron libres.

No surgieron en el Continente esos volcanes de la
energía y de la abnegación que se llamaron Simón Bolívar,
José de San Martín, el Padre Hidalgo o José Martí para
que nosotros idolatráramos sus nombres en altares de
miseria y enfermedad. Todos los grandes de América soñaron
que un día nuestros pueblos serían saludables, cultos; dignos; y.
no hay salud ni cultura ni dignidad donde se aposenta el
hambre.

Para espantar del solar americano el fantasma del
hambre estáis aquí vosotros. Nunca mejor bienvenida una

/tarea común;

tarea común; y nunca mejor bienvenida en Cuba, donde cada hombre y cada mujer tienen conciencia de que la libertad, el más caro de los bienes que puede tener la criatura de Dios, carece de sentido si no sirve para garantizar el pan honesto, la salud necesaria, la cultura que enaltece y dignifica.

Vuestra tarea no termina, sin embargo, en los límites de nuestro Continente. Desde el momento mismo en que esta América irrumpió en la cultura occidental, todas las fronteras del mundo reventaron, distendiéndose hasta lo incalculable. Y de esas fronteras, todavía sigue manteniéndose en límites exaltados la de la esperanza humana. Todavía somos, señores, la esperanza del mundo. En los más apartados rincones del planeta, centenares de personas confían en que el porvenir reserva para sus hijos las riquezas de leyenda que estamos en capacidad de producir.

Para cumplir como buenos con esa fe tenemos muchos de los factores necesarios; esto es, la tierra y los hombres. Nuestros pueblos han probado su enorme capacidad para alcanzar un alto grado de desarrollo industrial. Hace poco más de cien años, cuando todos los países adscritos a la cultura occidental eran ya ricos, prósperos, civilizados, nosotros no pasábamos de ser colonias miserables, que trabajábamos la tierra o las minas con método rudimentarios, en la mayoría de los casos forzados por el látigo del mayoral. Hoy podemos mostrar con justo orgullo nuestras capitales portentosas, industrias acabadas mantenidas por un proletariado capaz, técnicos completos

/en todas las

en todas las ramas del saber humano, sistemas escolares ejemplares, centros de investigación que honran a nuestra raza. Y en cada caso, podemos presentar como un ejemplo el tesón con que vamos día tras día persiguiendo la felicidad por el camino de la libertad henchida de justicia social.

Ahora bien, con la tierra y los técnicos y la voluntad de progresar no nos basta para responder a las necesidades de nosotros mismos y a la esperanza del mundo. En escasos años el género humano ha visto cuán gigantescas son las posibilidades de la producción industrial; más, acaso para hacer más drámatica la prueba, la demostración ha ocurrido en virtud de una guerra que ha dejado arruinada a gran parte de la humanidad y sin efecto las posibilidades de una organización eficaz en países que todavía no habían alcanzado un pleno desarrollo. Ese es nuestro caso. La era de mayor necesidad de la historia se presenta cuando más conscientes son los pueblos de cuanto pueden alcanzar, y cuando acontecimientos que nosotros no provocamos han dejado muy atrás el ritmo con que marchábamos hacia nuestro desenvolvimiento. El mundo, pues, debe saber que para que nosotros hagamos buena su esperanza es necesario que se reconozcan las necesidades que produjeron esos acontecimientos, y que tales necesidades deben ser satisfechas en tiempo y en medida.

Para acordar cuáles son tales necesidades, y cuáles el tiempo y la medida, se reúne este segundo período de sesiones de la Comisión Económica para la América Latina. Hable ella con la claridad que da la conciencia del propio valer y con la precisión de las estadísticas, hable también con la energía que demanda la hora del mundo, que

/si se muestra

si se muestra sombría puede ser iluminada mediante la obra del trabajo tenaz y productivo, del trabajo que ciegue el abismo entre los menos que disfrutan de abundancia y los más que viven ignorándola.

Señores delegados: Vosotros estáis aquí para hacer historia, la mejor, la más noble, la que completa y justifica nuestras luchas, la que confiere razón de ser a nuestros fundadores. Eso lo saben los cubanos y su Gobierno. Por eso, con persistente atención seguiremos todos los trabajos en que váis a enfrascaros. Con atención y con fé porque estamos seguros de que cada uno de vosotros siente sobre sí las sombras augustas de los que con toda autoridad reclaman que se corone con el bienestar de sus hijos la heroica tarea que ellos emprendieron al hacernos libres.

Cuba os abre los brazos, señores delegados, y siente que se honra al recibirlos. Porque en vosotros está recibiendo el futuro de una América mejor para todos.

He dicho.